

La joven se separó de sus brazos con un movimiento de sorpresa.

— ¿Qué puedo yo hacer por usted? — preguntó.

— Darme gusto á tu vez.

— Dígame usted en qué puedo complacerla, que sus deseos son órdenes para mí.

— Puesto que no has dado tu corazón ni empeñado tu palabra todavía, deseo que aceptes el marido que he elegido para ti, de cuyo amor ya tienes conocimiento.

Sofía sintió que el mundo se desplomaba sobre ella. Hubo un instante de silencio, que la pobre niña necesitó para reponerse de la violenta impresión recibida.

— Y... ¿quién es? — pudo al fin preguntar con insegura voz.

— ¿No te lo figuras? El señor de Romero, viudo hace algunos años de mi mejor amiga.

Lo mismo le daba á Sofía este nombre que otro cualquiera. Todo le era indiferente. Sin embargo, dijo:

— ¡Hay tanta diferencia en las edades!

— El hombre debe tener más edad que la mujer, querida Sofía. Un hombre de cuarenta y tantos años es aún joven. El señor de Romero es rico, simpático, distinguido y antiguo amigo nuestro.

— Reconozco que es una excelente persona, un hombre intachable, distinguido, á quien estimo; pero...

— ¿Pero qué?

— ¡Me encuentro tan bien así, tía mía! ¿Por qué casarme con tanta prisa?

— Por varias y muy buenas razones. Dos mujeres solas, como nosotras estamos, luchan en el mundo con mil dificultades, necesitan la protección de un hombre. Nuestros intereses se resienten de la falta de dirección. Romero, rico, inteligente y activo, los aumentará; él nos dará el apoyo necesario á una niña que empieza á ser mujer y á una mujer que pronto será anciana.

Sofía bajó la cabeza. Las razones de su tía eran convincentes, y sin embargo su corazón rechazaba aquel enlace tan contrario á sus sentimientos. Pero ¿acaso tenía algo real en que fundarse para no aceptarlo? ¿Podía seguir abrigando la ilusión de un amor imaginario y sacrificar á un sueño el único deseo de aquella á quien tanto debía?

— Di, en fin, qué piensas — exclamó su tía, alarmada por tan largo silencio.

— ¿Usted cree que Romero puede hacerme feliz?

— Lo creo firmemente y me fundo en sus cualidades y en lo mucho que te ama. Siendo su esposa, me darás la mayor satisfacción.

— Pues lo seré — exclamó resuelta. — Me casaré cuando usted quiera, se lo prometo.

— Gracias, hija mía. El tranquilo afecto que le profesas se convertirá por la atracción del amor en verdadera pasión. ¡Qué felices vamos á ser!

Un abrazo selló el solemne compromiso.

IV

¿Cómo Cristino, tan locamente enamorado, tan vehemente y tan resuelto á lograr el amor de Sofía, no la había vuelto á ver?

¿Era acaso uno de esos hombres ligeros que ni saben lo que quieren ni lo que sienten?

No, por cierto; pero la fatalidad había levantado entre ellos una barrera que los separaba para siempre. ¿Cuál era ésta?

Lo sabremos leyendo parte de una carta que Cristino escribía á su amigo Ernesto, á San Sebastián.

«Soy el más desgraciado de los hombres — decía. — He caído desde el cielo de todas las esperanzas al fondo de la desesperación. Ahora que no me comprendes creerás que me he vuelto loco; pero muy pronto me compadecerás.

»Al abrazar á mi padre á mi llegada, la felicidad más grande me inundaba: sabía que *ella* pertenecía á una familia unida á la mía por antigua amistad y ansiaba contárselo todo á mi padre, que, joven aún, expansivo y cariñoso, como sabes, ha sido siempre mi mejor amigo. Contaba con su apoyo y me creía seguro del porvenir. Pero él, loco de placer por la sorpresa de verme más pronto de lo que esperaba, se anticipó á mis confidencias con las suyas.

— No sabes, querido Cristino — me dijo después de haber hablado de mis viajes y mis estudios, — no sabes

la gran noticia que te voy á dar. ¡Imposible que la adivines!

— »Pues dímela pronto, para que no divague — contesté riendo.

— »Si tú fueras otro, no te lo diría tan de repente por si te hacía mal efecto; pero como tu cariño hacia mí es tan grande, no vacilo, seguro de que sólo deseas mi felicidad.

— »Pero ¿qué es ello? — exclamé asombrado. — De tu preámbulo sólo he comprendido que me haces justicia. Tu felicidad es lo primero para mí, en efecto.

— »Entonces aplaudirás mi determinación. ¡Me caso, Cristino, me caso! ¿Qué te parece?

— »Perfectamente. Aún no eres viejo y perteneces á esa raza de hombres que son eternamente jóvenes. Seguro de que habrás hecho una buena elección, lo aplaudo.

— »Es un ángel. Sólo una circunstancia me ha detenido y me disgusta.

— »¿Cuál?

— »La diferencia de edad. Es demasiado joven. Pero la amo tanto, que la pasión me ha arrastrado al fin y espero lograr muy pronto la dicha.

— »¿Quién es ella?

— »Sofía, la sobrina de mi antigua y buena amiga Carmen Aguilar.

»Estas palabras me hicieron un efecto que me sería imposible explicarte; el por qué ya lo habrás adivinado.

»Sentí en el corazón una violenta sacudida que estremeció todo mi ser, y en la cabeza como un golpe de maza que me obligó á cerrar los ojos.

»Mi trastorno debió ser tan visible, que mi padre se asustó.

—»Cristino, hijo mío — exclamó alarmado, — ¿qué tienes, qué te ha dado?

»Con gran trabajo logré reponerme y contestar, sereno en apariencia:

—»Nada, padre, es que busco en mi memoria y no recuerdo...

—»¡Si me las has oído nombrar mil veces!

—»Pero no las conozco.

—»A mi futura, no, ó por lo menos no la habrás visto en muchos años, por su estancia en un colegio y tus viajes.

—»Y... ¿ella te corresponde? — le pregunté, asiéndome á la última esperanza.

—»Me concede toda su estimación, todo su afecto, y su tía está segura de lograr que me ame.

—»¡Quién sabe!

»Mi padre palideció horriblemente.

—»¡No me hagas dudar, Cristino, por Dios te lo pido! — articuló, trémulo de emoción. — La duda me desgarró el alma. En esta partida se juega mi vida, porque sin ella moriría.

»¿Comprendes mi horrible situación? El rival que me va á arrebatarse la dicha, que yo ahogaría entre mis manos, es mi padre, y no un padre déspota ó indife-

rente, sino el mejor, el más amante de los padres, el ídolo de mi vida.

»Yo no puedo entablar con él una lucha repugnante. Lo quiero demasiado para condenarlo á los tormentos que estoy sufriendo. Tampoco tengo el valor de huir de ella para siempre, y á la sola idea de verla esposa de otro, mi sangre arde cual si se convirtiera en fuego y mi razón se extravía.

»Mi única esperanza, Ernesto, es que la desesperación acabe con mi vida, y pido á Dios que sea de una vez y pronto, antes que la locura me arroje en el suicidio.»

V

En la noche del día que siguió á la conversación de la bella rubia con su tía, se encontraba la primera en su habitación, sola y meditabunda, pensando en el compromiso que había contraído y entregada á esa profunda abstracción que nos traslada á veces á mundos desconocidos creados por la fantasía.

En el punto donde sus hermosas pupilas se fijaban sin ver, con los ojos del alma veía á su gallardo compañero de viaje. En su delirio lo contemplaba á sus pies ebrio de amor, oía sus apasionados juramentos y cambiaba con él suspiros y sonrisas, miradas y frases de amor.

Aquella seductora imagen se desvaneció al oír la niña el dulcísimo prelude de un violín que, arrancán-

dola á la fascinación que la dominaba, la hizo volver á la vida real.

Al prelude siguieron melodías ternísimas con tal arte y destreza ejecutadas, que jamás oídos humanos las escucharon iguales.

No era la música escogida de los grandes maestros del arte; era algo aún más sublime, era la misma divina inspiración bajando á mover el arco de aquel violín; era el alma del artista animando á su instrumento, produciendo, iluminada por la luz del genio, cuanto el arte puede expresar de apasionado y conmovedor; eran armonías nuevas, de nadie tomadas ni aprendidas, hijas de la repentina inspiración del músico que iba traduciendo sus sentimientos conforme movían su corazón, de tan perfecta manera que del violín brotaban con las notas palabras llenas de pasión que, como los trinos y sostenidos de aquel mágico instrumento, llegaban al fondo del alma. El violín hablaba.

Sofía lo escuchaba muda, absorta, electrizada. Su ilusión cambió de forma, pero no de objeto.

Ya no veía al hombre amado á sus pies, sino en la calle, manejando aquel admirable instrumento, y mil veces más simpático adornado con la aureola del genio.

Seguía ansiosa, palpitante, los movimientos del arco prodigioso que arrancaba á las cuerdas confesiones de amor, gritos de una pasión mal contenida, un poema, en fin, conmovedor.

Sofía se lanzó de un salto al balcón en busca del artista que tanto la hacía sentir. Mas apenas lo hubo abierto, enmudeció el violín y todo volvió á quedar en silencio.

Palideció la contrariada niña; inmóvil, sin aliento, esperó un instante registrando con los ojos el jardín y la calle. No había nadie.

Tuvo que retirarse, murmurando entre un suspiro y una lágrima:

— ¡Dios mío, si habrá sido ilusión!

A la noche siguiente, se convenció de que no había sido sueño ni ilusión.

El mágico violín producía tan deliciosas melodías como la víspera, sin repetir las. Las palabras de amor, los ayes de ardiente pasión vibraban de nuevo en sus cuerdas.

Sofía corrió al piano y con inspiradas notas contestó á las armonías del violín, estableciéndose entre aquellas dos almas corrientes de pasión transmitidas por el sublime lenguaje del divino arte.

Este delicioso dúo se repitió varias noches; pero de repente el artista enmudeció, aumentando las angustias y temores de la pobre niña.

Transcurrió un mes sin que volviera el que ésta calificaba de ingrato y olvidadizo, y entretanto acercábase el día de su boda con rapidez aterradora para ella, que había dado su palabra y no podía volverse atrás por una ilusión que representaba un hombre tratado un día y el lenguaje de un violín.

VI

Llegó el día de la boda, que todo llega en el mundo. Doña Carmen estaba radiante de satisfacción; Sofía pálida, triste y resignada como una víctima que va al sacrificio; el novio alegre, pero con una alegría amargada, según dijo, por el pesar de que su hijo no asistiera al solemne acto por encontrarse enfermo.

Llegado el sacerdote, pasaron á la capilla.

Los novios se aproximaron... Al ir á arrodillarse, Sofía se incorporó bruscamente y palideció aún más. Había oído el roce del arco sobre las cuerdas del mágico violín.

Poco á poco los sonidos fueron acentuándose, y todos escucharon asombrados los ayes de dolor, los agudos quejidos, el tierno adiós de aquel encantado instrumento que transmitía una á una las palpitations del corazón que le daba vida al corazón de los oyentes.

Sofía dió un grito, y fascinada, loca, se lanzó á la puerta y al jardín.

Siguiendo la dirección del sonido, dió con el músico sentado en un banco. Era *él*, el que ella creía, el que ella esperaba; pero ¡en qué estado!..

Con el traje en desorden y cubierto de sangre, los ojos hundidos y brillantes como ascuas, los secos labios contraídos en desgarradora mueca, la palidez de

la muerte alternando en su rostro con las rojas chapas de la fiebre, á su lado un revólver y en sus manos el arco y el violín.

Cristino lanzó un grito de alegría al verla, la estrechó frenético entre sus brazos y cayó exánime oprimiendo su violín.

Sofía pidió socorro á grandes voces.

Todos acudieron presurosos, el novio el primero.

Al ver á Cristino sin sentido, corrió hacia él gritando:

— ¡Cristino, hijo mío!

— ¡Su hijo! — exclamó Sofía estupefacta.

— ¡Su hijo! — repitió doña Carmen como un eco.

Romero se arrodilló al lado del herido, palpó su frente, besó su rostro, escuchó anhelante las palpitations de su corazón, y luego dijo con inmensa alegría:

— ¡Vive, vive!

La bala, que había sido disparada contra el corazón, resbaló sobre una costilla causando sólo una herida de poca gravedad. El plomo respetó el noble corazón del artista.

Después de reconocer la herida, murmuró Romero, alzando al cielo sus ojos llenos de lágrimas:

— ¡Dios mío, la vida de mi hijo á cambio de toda mi dicha! ¡Que viva mi hijo y juro renunciar á la felicidad, á cuanto yo soñaba! ¡Salvadle, Señor, salvadle!

El padre había vencido al amante.

.....

Creemos inútil añadir una línea más.

Que se casaron los dos enamorados, no hay para qué decirlo, y mucho menos que en su mutuo amor encontraron todas las felicidades.

En el sitio preferente del nido de aquellos tórtolos se vela siempre, encerrado en elegante caja de ébano y oro, el violín origen de la dicha que disfrutaban.



— Sé que eres muy amable; pero acércate más, ven á mi lado, así.

ESPERANZA

I

En las primeras horas de una calurosa noche del mes de julio transitaba por una de las calles de la villa y corte una dama, que por su aire distinguido y elegante porte parecía de elevada alcurnia. Su traje era lujoso, su talle esbelto, su rostro hermoso, aunque empezaba á ser surcado por las arrugas de la ancianidad, y su frente á verse coronada por la nieve de los años; en su fisonomía se reflejaban los más nobles sentimientos. Andaba con ligero paso y su mirada vagaba distraída; mas de pronto la sacó de sus meditaciones una voz dolorosa que decía:

— Señora, ¿me da usted una limosna?

Volvió la cabeza vivamente y vió á su lado á un hombre que ha rato la seguía.

Aquel hombre era joven, de bella figura y aspecto de buena educación. La dama iba sin duda de prisa, y